Cuentos Guaraníes

SATURNINO MUNIAGURRIA



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

La Ñuazó[1]

Cierta vez, Perurimá se sintió aburrido. Para entretenerse se puso a trenzar un lazo con el que pudiera alcanzar el cielo. Ya tenía hecho más de la mitad, cuando se preguntó que era lo que iba a enlazar allí, donde no habían ni toros amontados, ni ariscas vacas guampudas, ni novillos ligeros como la luz y bravos como fieras, a los cuales echarles un pial de cruzada, para librar de su furia a quienes sorprendían desprevenidos. En eso estaba cuando oyó una voz que le decía:

-¿Y yo? ¿Dónde vas a encontrar unos cuernos como los míos?

Era Mandinga, que echando fuego por boca y narices, se le apareció de improviso. Perurimá comprendió que se estaba burlando de él, -cosa que nunca se lo había consentido a nadie- y como era de "pocas pulgas", sacó su cuchillo y cortó el lazo en varios pedazos. A cada uno de ellos convirtió el diablo en una serpiente venenosa. No le quedaban a Perurimá en la mano sino la argolla y la yapa. Tuvo entonces la feliz inspiración de hacer con los dedos la señal de la cruz, a lo cual el diablo dio un salto tremendo, desapareciendo bajo tierra entre una humareda y dejando tras de sí un fuerte olor a azufre. Oyó entonces Perurimá que otra voz, seguramente la de un ángel, le decía: "No te aflija el haber perdido el lazo, pues te has reservado lo mejor de él. Con la argolla matarás a las serpientes, en que sus trozos se han convertido, mientras que la yapa se transformará en una víbora que devorará a las demás. Fue así como nació la Ñuazó.

Apurado de más

Perurimá tenía, por tener muchas comadres, también muchos ahijados, a cada uno de los cuales había regalado un petiso después de amansado y adiestrado convenientemente. Era el mejor domador del mundo. Inesperadamente uno de dichos ahijados falleció. Lo lloró desconsoladamente recordando que la muerte se produjo en su ausencia, razón por la cual no pudo otorgarle su bendición, y como no usaba pañuelo no tuvo más remedio que secarse las lágrimas con la manga de la camisa. Algún tiempo después le llevaron a domar un potro por primera vez arrimado al corral, tan salvaje y arisco, que nadie se había atrevido a probar con el fortuna. Haciendo que dos hombres lo detuvieran por las orejas, saltó sobre el en pelo y luego ordenó que lo soltaran. En el primer corcobo alcanzó la copa de un árbol. Perurimá sonrió. En el segundo, vio el campo que se extendía más allá de la loma inmediata. Perurimá se reprochó no haber colocado sobre el lomo del potro un cojinillo. En el tercero, desapareció entre las nubes. Empezaba ya a descender, cuando entreabriendose dos de ellas, apareció el ahijado "dijunto". Padrino -le dijo juntando suplicante las manos-, "de-me su bendición. La necesito, pues sin ella no me dejan entrar al cielo". Sin tiempo para más, Perurimá respondió: "Esperá a que regrese. Ahora voy muy apurado".

La alegría de vivir

[1] El nombre guaraní de ñuazó se descompone así: ñu, campo; a, contracción de ari, sobre; y zó, apócope de izó, gusano: gusano de sobre el campo, por la rapidez con que sobre él se desliza.

La alegría es la sal que sazona la vida, la llave de oro que abre todos los corazones. Al revés de la tristeza, la alegría es comunicativa. Es lo que en las flores el perfume; si no lo poseyeran, perderían la mitad de su encanto. El optimismo es la lima que suprime las aristas agresivas que a menudo nos oponen las cosas, la piel de gamuza que deja pulida y brillante su superficie. Como la fuerza disimulada bajo la gracia es doblemente eficaz, la voluntad logra más fácilmente lo que se propone si la acompañan la alegría y el buen humor. Aun en el trance de la muerte, ¿por que no volver el rostro hacia la vida, y despedirnos de ella sin acritud? ¿No sería la forma de expresarle nuestro agradecimiento por todo lo bueno que nos dio? Terminare estas disgresiones con un cuento a propósito, de los muchos que se atribuyen a Perurimá. Cansado de sus bromas y jugarretas, y de las quejas que con tal motivo le hacían llegar los vecinos, fue condenado a muerte por el Cacique. Perurimá no se inmutó. Solicitó como gracia se le permitiera elegir el árbol en que debía ser ahorcado. Pero transcurrieron días y días sin que lo hallara. El Cacique le fijó entonces un término perentorio de horas para hacerlo. Al poco rato regresó con el semblante iluminado por una sonrisa. Y entre el empiringotado personaje y el humilde vasallo, se entabló el siguiente diálogo:

-¿Encontraste por fin el árbol?

-Sí, Mburubichá (Jefe).

-¿En dónde está?

-En el patio de mi casa.

-En los alrededores de tu casa, que no pasa de ser un miserable tapií (choza), jamás he visto un árbol.

-Y sin embargo, se cuentan por cientos.

-Te estás burlando de mí y vas a pagarlo con una muerte inmediata.

Es que se trata de un tipichatá[2].

Tras la sorpresa que le produjo tal respuesta, comprado por el humor de que aun en el trance de perder la vida hacía gala Perurimá, no tan sólo le levantó la pena sino que lo sentó a comer en su mesa. En cuanto a los vecinos, el Cacique, que como buen gobernante, de todo sabía sacar partido, les ordenó que arrancaran cuantos tipichatás existieran en el pueblo -con lo que ganaría su limpieza-, a fin de que Perurimá no pudiera recurrir a ellos en el caso de que volviera a ser condenado, y solicitara y obtuviera la gracia de elegir nuevamente el árbol del que lo ahorcaran.

Dos cuentos de Paí Pajarito

Paí Pajarito a diferencia de Perurimá, que era suave como un guante -suavidad que a nadie engañaba, pues era sólo el antifaz bajo el cual disimulaba su malicia-, tenía el carácter brusco y desparejo. Con frecuencia se dejaba llevar de sus arrebatos. Su corazón era un motor fácil de hacer arrancar, pero difícil de detener una vez puesto en marcha, pues sus frenos no funcionaban bien. No tenía pelos en la lengua, para decir las cosas, pero una vez dichas se arrepentía y trataba de remediar el mal que ocasionaba. Si no lo conseguía, no quedaba en paz con su conciencia sino aplicándose unos buenos disciplinazos. En el fondo tenía un alma de niño y no había quien le ganara en el cumplimiento de sus deberes de sacerdote. La parroquia de Santa Lucía lo tuvo de cura párroco durante muchos años, llegando en sus andanzas a San Roque, Saladas y Bella Vista. Le gustaba viajar a caballo, la sotana arremangada a la cintura y

[2] El tipichatá, conocido vulgarmente con el nombre de escobadura, es una planta pequeña, de forma arborecente, común en Corrientes.

las piernas al descubierto. Donde encontraba un bolicho se bajaba y se hacía servir una copa. Conversaba y bromeaba con todo el mundo, pero cuando alguien se propasaba lo reducía a silencio con una de sus pullas. Sus costumbres eran liberales, y su lenguaje -se expresaba exclusivamente en guaraní, aun en sus sermones-, no pocas veces agresivo y procaz, lo que no impedía que desempeñara a conciencia su sagrado ministerio, llevando su ayuda moral y material a cuantos necesitaban de ella.

He aquí dos de sus cuentos:

Las naranjas del Paí Pajarito

Un día, Paí Pajarito decía misa. La iglesia estaba llena de bote a bote, pues, por ser el día de la Patrona del pueblo, se hallaba todo él congregado. Conviene decir que sobre uno de los costados del templo, había un patiecito cerrado, al cual únicamente se tenía acceso por la puerta de la Sacristía. En el centro de este patio y llenándolo casi por completo, crecía un alto naranjo, visible desde el altar mayor a través de los vidrios de una de las ventanas laterales. El viejo árbol, frondoso no obstante contar más de cien años de vida, -se decía que fue plantado por los jesuitas- conservaba a pesar de lo avanzado de la estación, semiocultas entre el verdor sombrío de su copa, una buena cantidad de naranjas, objeto del celo y de la vigilancia del buen padre, como que se daba el placer de ir saboreándolas poco a poco, cuando ya en otras partes no las había. Había transcurrido la mitad de la misa, cuando la apiñada multitud oyó con el estupor consiguiente, que el Paí pronunciaba las siguientes palabras, que no por dichas en guaraní, resultaban menos sacrílegas: Pe maé upe añá membí oyupiba ojobo (vean ese "hijo del diablo" que va subiendo). Mirándose los unos a los otros, los concurrentes se preguntaban si el Paí se había vuelto loco. Alguien insinuó que sin duda estaba borracho. Es que nadie había observado lo que el: un muchacho que habiéndose colado en un descuido por la puerta de la Sacristía y penetrado al patio, trepaba trabajosamente por el tronco del árbol. Pero como simultáneamente, el Pai levantaba el cáliz conteniendo bajo la forma de la hostia, el cuerpo consagrado de Cristo, los concurrentes dedujeron que sus palabras se referían a éste. Todos se habían puesto de pie, dispuestos a abandonar el templo. Como

Paí Pajarito les daba la espalda, nada veía y seguía oficiando la misa. Cuando el Sacristán se le acercó y lo informó de lo que ocurría, grande fue su confusión. Apenas si podía creer que hubiera pronunciado tales palabras. En todo caso habrían salido de su boca sin darse cuenta. Rápido como la luz, salió por la puerta de la Sacristía y corrió hasta la puerta principal de la Iglesia, se plantó en medio de ella y abriendo los brazos en cruz para que nadie pudiera salir, apostrofó a la multitud con voz que nadie dejara de oír: "Vuélvanse a sus asientos. A quien yo me refería no era a Dios, sino al muchacho que subía a robar mis naranjas".

El Sacramento de la Extremaunción

Un día fueron a buscar a Paí Pajarito para administrar a un moribundo el Sacramento de la Extremaunción. Era una fría, nublada y destemplada tarde de invierno y el sacerdote no contaba con más abrigo que el de su raída y desteñida sotana. Arrollándola a la cintura para que no entorpeciera sus movimientos, saltó sobre el flaco caballejo que le llevaron ensillado,

no sin haberse munido antes de los adminículos indispensables, y se puso en marcha. El recorrido que había que hacer era largo. Nublóse el cielo de improviso y un vientecillo que cortaba, empezó a soplar del sur, haciendo más intenso el frío. Allá a las cansadas llegaron a un "bolicho", de cuyo dueño era amigo el fraile. Junto a la puerta había un hombre parado, a quien igualmente conocía. Cambiados los saludos de estilo, rogóle le hiciera el servicio de pedir en el bolicho, a su nombre, una copa de caña. Sentía adormecérseles las piernas -colgantes a los lados del caballo, pues a su recado le faltaban los estribos-, y que si no avivaba en esa u otra forma la circulación de su sangre, corría el riesgo de no llegar. Luego que hubo bebido el primer trago, el amigo le preguntó a dónde iba con ese tiempo tan malo.

-A dar la Extremaunción a un moribundo -contestó-. Ya sabe que la muerte no espera para llevarse a uno, a que el tiempo se componga.

-¿Como es que por ninguna parte veo al Santo Cristo indispensable en tales casos?

Entonces, levantando la mano, sin volverse, y enseñando hacia atrás con el pulgar, el Cristo que llevaba amarrado al recado con los tientos, contestó: Aiporo nipó coba arajaba che raquicuépe jae pteí yaguá repotí (entonces este que llevo atrás será un excremento de perro). Dicho lo cual bebió lo que restaba del brebaje, arrojó la copa al suelo y taloneando al jamelgo que montaba, arrancó con recio galope. De esta manera, el sacerdote que tenía aferrados los pies al suelo, pero cuya cabeza a menudo se perdía entre las nubes, ofreció en rudo contraste, lo más feo y repugnante que hay en la tierra como es el vicio de beber, con lo más bello y grande que nos ha otorgado el cielo: el amor al prójimo.